

Más tiempo para leer
Te regalamos una selección de
nuestras mejores lecturas, porque
#yomequedoencasaleyendo

A*

Andrea Köhler

Tiempo sentido

Un capítulo de El tiempo regalado

Un ensayo sobre la espera

Traducción de Cristina García Ohlrich

EDICIÓN NO VENAL. MARZO 2020

Primera edición en Libros del Asteroide, 2018

Séptima edición, 2020

Título original: *Lange Weile. Über das Warten*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Insel Verlag Frankfurt am Main und Leipzig 2007.

All rights reserved by and controlled through Insel Verlag Berlin.

© del epílogo, Gregorio Luri, 2018

© de la traducción, Cristina García Ohlrich, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-33-1

Depósito legal: B. 510-2018

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

II. TIEMPO SENTIDO



Ya veréis mañana, niños

«En mi opinión, los niños son los que mejor esperan porque aún no recelan [de la espera], porque todavía no la ven como algo culturalmente falto de valor», dice Wilhelm Genazino en su ensayo *Der gedehnte Blick*. Pero aunque los niños aún no la experimenten como tiempo *dilapidado*, en la niñez se suele percibir la espera como impotencia. A fin de cuentas, la existencia nos confronta en primer lugar con el aprendizaje de la postergación: es asumir un plan de estudios ajeno, adiestrar los esfínteres, introducirse en el ritmo del día y la noche. La primera lucha por el poder en la vida del ser humano se libra en el terreno de la espera, codificando el cuerpo. El cuerpo se convierte ya en las primerísimas horas de vida en un instrumento que se repolariza para obedecer al reloj. Lo primero que entrenamos en esta existencia terrenal es la paciencia.

«Saber esperar, esperar es la condición previa de todo entendimiento», escribe Genazino. Pero en el cosmos infantil la espera se vive aún como algo limitado. Como el animal, según Nietzsche, la atención infantil está «ligada a la estaca del momento presente», y la permanencia es en el niño una sucesión concatenada de momentos indeterminados. Así, cuando somos niños, este estado es un tiempo inocuo que cabe llenar de ensoñaciones. Las horas no sujetas al avasallamiento de los mayores estarán iluminadas por esas ensoñaciones. Esperar es, así, nuestra primera práctica en el pensamiento utópico, en la resistencia contra las imposiciones de un mundo que diseñan otros.

Es cierto que de niños a veces el tiempo se alargaba hasta parecer un tormento. Las horas yermas en que las ocupaciones de los adultos nos dejaban de lado —el infinito aburrimiento de las visitas familiares que se demoran, en las que no había otra cosa que hacer más que permanecer sentados— se nos han quedado grabadas en la memoria, y algunos sueños aún nos traen de vuelta aquellos suplicios. Junto a la ventana —cuando esperamos, instintivamente buscamos un horizonte abierto— de pronto el tiempo se nos presentaba como algo físico: una sorda opresión en las entrañas, un desagradable estiramiento y un tirón que iba de los pies a la cabeza. Los minutos se transfor-

maban en un chicle del que tiraban mil cuerdas, el cuerpo se convertía en parihuela. Y eso que el infante a veces solicitaba una prórroga: ¿quién no recuerda cómo se nos aceleraba el corazón mientras aguardábamos aterrados el descubrimiento de una trastada, los minutos de pánico en los que confiábamos en que el tiempo se convirtiese en un largo *aún no* donde nuestro delito terminase por prescribir?

Y, sin embargo, en aquellos tiernos años los aplazamientos se escenificaban. La expectación ante la mañana del cumpleaños, la espera del Niño Jesús, la emoción cuando se encendían las luces en la sala donde nos tentaban los regalos: todos ellos son clásicos del inventario de estas esperas festivas. A la memoria le gusta idealizar esos momentos. Esperar y degustar una alegría anticipada aún eran una sola cosa. Pero la espera nunca abandonaba del todo su vocación pedagógica. «Ya veréis mañana, niños.» ¿Acaso no resuena aquí la vara? Las salas de espera de la infancia siempre fueron edenes en peligro. Como el mismo calendario de adviento, que liga la espera a la tentación y lo prohibido: cuando cedemos a aquella (y abrimos todas las ventanitas para saquear los huecos) llegamos a la amarga conclusión de que el que no sabe esperar se roba a sí mismo.

Peligro de muerte y entretenimiento

En su *Ensayo sobre el cansancio* describe Peter Handke la espera del niño como un súbito ataque de cansancio que deformaba las cosas. Es un cansancio que perseguía al narrador en primera persona, especialmente durante la misa del gallo, «con la fuerza de un dolor», y que décadas después despierta en él una «repentina vergüenza». Esta vergüenza, que resulta de una forma temprana del *ennui* existencial, convierte al niño sentado en el banco de la iglesia en un «excluido», excluido de los rituales de la piedad y la comunidad. Y quizá haya en toda forma de espera algo de exclusión. Pues incluso cuando esperamos en grupo uno está solo. Esperar es algo tan difícil de compartir como el sueño, pese a que a veces tratemos de pasar el tiempo con juegos, por ejemplo, o contando cuentos, a la espera solo se la engaña de forma individual. Esa es exactamente la premisa de *Las mil*

y *una noche*, esa historia clásica de la dilación en la que la hija de un visir, que espera cada madrugada su muerte, logra posponer la hora de su ejecución mediante un relato que va componiendo hábilmente y que interrumpe siempre en el mejor momento.

Cada noche, el rey Schahriar, a quien la experiencia de la infidelidad de su esposa ha convertido en fiero vengador contra toda fémina, hace llegar a su lecho a una virgen, a la que manda ajusticiar a la mañana siguiente para que no pueda sobrevenirle de nuevo la deshonra de la traición. Y eso es lo que le espera a la bella Sherezade, que sin embargo logra posponer su ejecución tejiendo historias de mil maravillas cuyo desenlace promete para la noche siguiente. Tras mil y una noches le presentará al rey a sus tres hijos — nacidos durante su relato — y él, encandilado con su elocuencia, la tomará por esposa.

No muchas condenas a muerte tienen un final tan feliz. El alba que anuncia la hora suprema en que el reo verá su fin es un escenario temible porque lo preside una sobrecogedora soledad, una soledad emblemáticamente representada en el mito cristiano de la crucifixión; seguramente no hay un relato en la Biblia que se adentre mejor en las honduras del temor humano como el de la noche pasada en el jardín de Getsemaní: «Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní y les dijo: “Sentaos aquí mientras

yo voy a orar”. Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y angustiarse.

»Entonces les dijo: “Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo”. Y adelantándose un poco, se posó sobre su rostro, orando y diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú”. Y viniendo a los discípulos, los encontró dormidos, y dijo a Pedro: “¿De modo que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para que no caigáis en la tentación» (Mateo 26, 36).

El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Por tres veces encuentra Jesús dormidos a los discípulos que le esperan y que deben velar por él, hasta que llega la hora en que «el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores». El fin de Cristo se traslada a otro tiempo debido a la esperanza en su resurrección y, sin embargo, tanto la vida como las enseñanzas de Jesús de Nazaret siempre estuvieron bajo el dictado de la brevedad de los años de que dispuso. «Desde que Jesús comienza a enseñar como rabino a la edad de treinta años, sitúa su mensaje como una decisión inevitable que no admite demora», escribe Harald Weinrich en sus observaciones filosófico-literarias sobre el *Tiempo escaso*. Tan escaso era que el Hijo del Hombre incluso somete expresamente la oración a la economía del ahorro temporal, formulando su mensaje en breves parábolas.

No es posible explicar con conceptos abstractos lo que el anuncio de su muerte puede desencadenar en un ser humano, opina Weinrich: «En este punto solo la narración puede ilustrarnos, proceda de fuentes reales o ficticias [...]. Y muchas veces constatamos que es precisamente este narrar, que permite darse cuenta en lo más íntimo de la falta y las argucias del tiempo, lo que nos salva en momentos de peligro extremo».

Alargar el periodo de gracia siendo conscientes de la finitud de nuestra existencia, tal es, por hablar con Marcel Proust, la «cruel ley del arte». Y eso que quizá sea solo el deseo de allanar juntos el tiempo de espera la razón última de todo relato, que escenifica esta espera en un encaje de infinitas historias intermedias. Los niños parecen conservar ese sentido temporal de las viejas historias cuando piden que se les cuente el mismo cuento una y otra vez, como si la repetición garantizase que la vida también se repetirá, en murmullos, sin cesar. Podría decirse que la sociedad del entretenimiento es una forma tardía de los cuentos de *Las mil y una noches*, aunque sin su aura mítica, y que estos fueron el antecedente oriental de esas telenovelas que siempre se interrumpen en el momento más emocionante. Pero si la televisión fuese en efecto nuestra Sherezade, no habría manera de librarse de los mil peligros de muerte que nos acechan.

Déjalo

Hacer esperar es privilegio de los poderosos. Entre lo más granado de los que nos hacen esperar están los que custodian nuestro tiempo y lo consumen, voraces y displicentes. El que nos hace esperar celebra su poder sobre nuestro tiempo de vida, y el hecho de que jamás lleguemos a saber si nos están haciendo esperar a propósito es lo que le confiere a este poder un carácter ominoso. La prohibición de moverse ha sido siempre prerrogativa del poder patriarcal. El que nos hace esperar nos ata a un lugar. Esto ya era así en el paraíso, violar este mandamiento nos acarreó la expulsión. Cuando esperamos a alguien, experimentamos siempre, como si fuera la primera vez, que uno no se puede marchar sin ser castigado; y si a pesar de todo lo hacemos, se nos impedirá el regreso. Todo confinamiento se caracteriza por la retirada de esa disposición que uno tiene sobre los propios ritmos y

espacios. La cárcel es el lugar en el que hasta el interruptor de la luz obedece a otro dedo. El carácter totalitario de las medidas disciplinarias que enajenan al preso de cualquier segundo y de todo movimiento lo analizó en detalle Michel Foucault en *Vigilar y castigar*. En el contexto militar, donde a menudo la espera entraña un alto valor estratégico, el frente de batalla consiste a menudo en una exasperante inactividad. Quizá por eso se castiga con la pena de muerte la desertión en tiempos de guerra.

De forma que condenar a esperar es una maldición, y el que condena nos tiene en su mano. Alguien —una persona, una institución— nos está imponiendo una medida temporal ajena, y lo más angustiante es que el tiempo que percibimos lo dirige otro. La espera es impotencia, y que no estemos en situación de modificar este estado es una humillación que hace tambalearse al mundo. Por eso el que aguarda tiene a menudo la sensación de sufrir una injusticia, de ser castigado por algo que desconoce. Ahí está, esperando como el que recibe una tunda. Es esa pasividad, la sensación de ser un condenado, lo que nos provoca el dolor y la vergüenza en la espera.

No por nada la tortura de la espera se ha convertido en símbolo de la autoritaria arbitrariedad de todo aparato burocrático y quintaesencia de los estados dictatoriales. El despacho es la auténtica antesala de

la modernidad. Aquí el sinsentido de la espera se vierte como un veneno en el sistema nervioso del que aguarda. Siegfried Kracauer ha descrito en un texto sobre las oficinas de la administración berlinesa de desempleo en los años treinta el efecto desmoralizador de las salas de espera públicas: «Aquí la pobreza se entrega a su propia contemplación. Bien se ufana con manchas bien visibles y trapos, bien se retira, con burguesa vergüenza, a un rincón. [...] Si en uno de sus extremos es capaz de cubrirse, es seguro que en otro destacará con mayor furor. [...] Y así, expuestas a un contacto directo, las personas sentirán una redoblada opresión en la espera. Buscan pasar el rato de todas las maneras imaginables. Pero hagan lo que hagan, el sinsentido no les deja en paz [...] Los mayores quizá terminen reconciliándose con la espera como con un compañero; mas para los jóvenes parados es un veneno que los va taladrando lentamente».

Cierto que hoy la situación de los parados es distinta a la de entonces, pero sigue siendo verdad que la irradiación de estos espacios oficialmente uniformes refleja las condiciones sociales predominantes. Kracauer los llamaba «sueños de la sociedad», jeroglíficos cuyo descifrado deja al descubierto la «base de la realidad social». Todo lo negado, todo lo que se ha barrido bajo la alfombra, saldrá finalmente a la luz. El que espera en las antecámaras de la administración es mejor

que no sepa con qué o con quién se las tiene que ver.

Siempre se percibe en estos espacios la sensación de que se trata de domesticar al que espera: el mobiliario gastado, la desnuda luz de neón, números que te asignan un lugar exacto en la cola, la acre transpiración del suplicante. Esta deprimente arquitectura para peticionarios de todo color dicta también la triste realidad de estos asilos y campos de tránsito en los que la espera de un futuro mejor no es más que un ínterin entre huida y expulsión. Y aunque tales escenarios comiencen a ceder ante el diseño frío que imponen las sociedades de servicios, sobre los pasillos de linóleo permanecerá siempre el rastro de esta larga historia de la demora burocrática. En ellos anida la oscura esencia de la espera.

Este tiempo absurdamente perdido en el laberinto de la burocracia lo asió en primer lugar Kafka en una metáfora existencial. Su carácter masivo, capaz de atrapar una vida y un cuerpo, se fija para siempre, como emblema de la modernidad, en la figura del empleado de seguros Gregor Samsa convertido en escarabajo. El horror del que despierta es el contrapunto de esa ensoñada búsqueda del tiempo perdido de Marcel Proust. «Durante mucho tiempo me acosté temprano» — «Al despertar una mañana, tras un sueño inquieto, Gregor Samsa se encontró convertido en un monstruoso insecto», rezan las frases iniciales de dos

empresas literarias radicalmente distintas: una vende su alma al pasado, la otra, a la inutilidad. Proust y Kafka son nuestros testigos privilegiados de la transición hacia el tiempo acelerado, y Franz Kafka es el primero que enjuicia en sus novelas al hombre administrado. El hombre que dilapida su vida ante una puerta en la célebre parábola «Ante la Ley» —retenido únicamente por un cargo menor, o por su propia pusilanimidad— de la novela *El proceso* es el medroso hombre de la era moderna. «Déjalo», tal el horror de su final, ante el cual decae toda expectativa.

«Ante la Ley hay un guardián. A este guardián le llega un hombre del campo y le ruega que le deje entrar en la Ley. Pero el guardián le dice que no puede entrar aún. El hombre reflexiona y pregunta si, entonces, podrá entrar más tarde. “Es posible”, dice el guardián, “pero no ahora”. Como la puerta de la Ley está abierta como siempre y el guardián se echa a un lado, el hombre se asoma para mirar por la puerta al interior. Cuando el guardián lo ve, se ríe y dice: “Si tanto te atrae, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Pero ten en cuenta una cosa: soy poderoso. Y solo soy el más humilde de los guardianes. Sin embargo, sala tras sala hay otros guardianes, cada uno más poderoso que el anterior. Ni siquiera yo puedo soportar ya la vista del tercer guardián”. [...]

»El hombre de campo no había previsto aquellas

dificultades; la Ley, piensa, debería ser accesible siempre y para todos, pero cuando mira con más atención al guardián, con su abrigo de piel, su gran nariz puntiaguda y su barba tártara escasa y negra, prefiere recibir autorización para entrar. El guardián le da un taburete y le permite sentarse a un lado de la puerta. Allí pasa días y años.»

El guardián, que para el «campesino» que no reconoce cuál es su situación llega a convertirse en el pilar de la espera, es el ángel caído que frustra su regreso al paraíso burgués proustiano: «El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para su viaje, lo utiliza todo, por precioso que sea, para sobornar al guardián. Este lo acepta todo, pero al hacerlo dice: “Lo acepto solo para que no creas que has dejado de intentarlo todo”. Durante todos esos años el hombre observa casi ininterrumpidamente al guardián. Olvida a los otros guardianes, y ese primero le parece el único obstáculo para entrar a la Ley. [...] Finalmente, su vista se debilita y ya no sabe si realmente se ha hecho más oscuro a su alrededor o si solo lo engañan sus ojos. Sin embargo, percibe ahora en la oscuridad un resplandor que brota inextinguible de la puerta de la Ley. No vivirá ya mucho. Antes de su muerte, todas las experiencias de todo ese tiempo se acumulan en su cabeza en una pregunta que hasta entonces no ha hecho el guardián [...]: “¿Qué quieres saber aún?”, le pregunta el guar-

dián. “Eres insaciable.” “Todos ansían llegar a la Ley”, dice el hombre, “¿cómo puede ser que, en todos estos años, nadie más que yo haya solicitado entrar?”. El guardián se da cuenta de que el hombre se está muriendo y, para hacer llegar las palabras a su oído, que se va perdiendo, le grita: “Por aquí no podía entrar nadie más, porque esta entrada te estaba solo a ti destinada. Ahora me iré y la cerraré”.»

Esta parábola, que entraña lo principal de la novela *El proceso*, constituye un alarde sobre la espera que se agota en sí misma. Como los héroes de los laberintos inexplorados de Kafka, atisbamos ese brillo a lo lejos y no nos atrevemos a seguirlo, porque los mil pequeños obstáculos que se interponen nos parecen tan poderosos como al campesino el guardián. Solo llegamos a ver la realidad cuando ya es tarde; el que lleva toda una vida esperando comprende al fin: «Esta entrada te estaba solo a ti destinada». Medio siglo después, el poeta americano Robert Lowell recoge este tope de nuestro horizonte de espera en la expresión: «La luz al final del túnel es la del tren que se nos viene encima».

Un poco de conversación

Parían a horcajadas sobre la tumba, el día emitía
un destello, y luego, de nuevo, la noche.

SAMUEL BECKETT

De lo trágico a lo ridículo no hay ni un paso, y si lo hay, Beckett lo ha dado por nosotros. «Era la monstruosa y desnuda verdad, que durante aquella espera, la espera se había convertido en su destino», escribe en su diario; se trata de un primer borrador de *La última cinta*. Así que es Samuel Beckett quien concluye la alegoría de Kafka. Los héroes beckettianos de la inutilidad son los actuales parientes de Sísifo. La roca que empujan ladera arriba durante el día, y que por la noche, cuando la espera se deja para mañana, cae rodando, se llama «Godot». Hay que imaginarse a Sísifo como un hombre feliz, escribió Albert Camus nueve años antes de que se estrenase en París *Esperando a Godot*. Sísifo ha burlado a la muerte, y como castigo se le condena a ese ejercicio de inutilidad. Y es que es la propia espera incestuosa lo que en el «Godot» lleva *ad absurdum* la pregunta por el sentido de

la existencia. «El tiempo ha pasado», dice el esclavo Lucky, que seguramente es el que más sufre bajo el inútil peso del pensamiento. «Habría pasado de todos modos», dice Estragón. Y así los protagonistas de la pieza hacen eso en lo que en general consiste nuestra vida, «un poco de conversación».

Beckett ha llevado a lo cómico-absurdo la figura de la espera; sus sin techo que hacen girar sus monólogos en interminables volutas de espera vacían la espera hasta convertirla en un fin en sí mismo. Liberada de todo orden que pudiera dar a estas vidas peso y dirección, estas existencias residuales — «Jobs sobre un montón de mierda», como dice Ionesco— son jugadores que se debaten entre un cielo vacío y una tumba abierta. Lo peor que les puede pasar son las pausas, y sus juegos están ahí para sortearlas. Eso las convierte en existencias poéticas. El dramaturgo George Tabori viajó en agosto de 1984 a París para entrevistarse con Samuel Beckett; en su ensayo *Esperando a Beckett*, que es en sí mismo un ingenioso estudio sobre la espera, cuenta cómo pasa medio día y una noche esperando al maestro: «“They also serve who only stand and wait.” Armado con semejante humildad miltoniana, acudí con doce horas de antelación para no llegar tarde a mi cita. Beckett por su parte se retrasó treinta y seis segundos. Hasta cierto punto, fue un excelente entrenamiento para aquello sobre lo que

versa la obra, si es que versa sobre ello. Como dice Estragón: “Nada es seguro”.»

Si es cierto que la obra trata de la espera, entonces seguramente lo hace en el sentido de que esperar y aguantar son lo mismo. Pero nunca se sabe. Los textos de Beckett confirman la bancarrota de cualquier escatología, al tiempo que «es muy posible que esta obra sea la primera farsa auténticamente religiosa que se ha escrito; hace que la religión sea graciosa, en vez de reírse de ella». Esta lectura de Tabori es sin duda la más luminosa que cabe hacer de esta «obra crepuscular ante la noche que se acerca, trepidante». Y de ella se deduce, de la esperanza, aún viva, de que finalmente acuda Godot, una dimensión teatral de la espera. Pues el teatro es en sí pura espera. «La dramaturgia significa siempre esperar que ocurra “eso”. Esperamos en el patio de butacas a que el villano sea castigado, que los amantes se reúnan, que llegue el mensajero del rey, como se ha proclamado.» La novedad que introduce Beckett, según Tabori, es la negativa a que «eso ocurriese». Mas la ausencia de Godot no es una tragedia, sino una suerte, digan lo que digan los profetas de la desesperanza. Mientras tengamos la espera, nuestra existencia tiene una dirección y un fin. El espectador ideal deberá regresar noche tras noche para someterse a la misma prueba que experimentan Vladimir y Estragón: «Mientras aparezcamos

a la hora acordada, estamos salvados, si no, seremos castigados. Esa es la dramaturgia cristiana: la vida espera a que la vida comience después de haber concluido».

En ese sentido, *Godot* es «la mejor obra cristiana desde la *Pasión según san Mateo*, una pasión como vodevil y una historia de amor». Pues *Godot* no vendrá esta tarde, pero es altamente probable que lo haga mañana. En ello creyó siempre Tabori, y por eso «no me preocupó excesivamente que no viniera». En realidad, Vladimir y Estragón son amantes. «Mientras sigan encontrándose a la tarde, su amor permanece intacto. Es por la pervivencia de ese amor por lo que debemos temer.»

Lo que significa que al que aguarda quiere que le salven de la espera tan poco como al amante del amor. Que «dada la existencia de un dios personal cuacuacuá, de blanca barba, cuacuá, fuera del tiempo y el espacio, que desde las alturas de su divina apatía su divina atambía su divina afasia nos ama mucho, con algunas excepciones no se sabe por qué pero eso llegará...», que, por lo tanto, cada esperanza de salvación puede liquidarse con la parodia y forma parte de la pérfida lógica de una espera que no contiene más que la propia espera. De cualquier modo, el tiempo habría pasado.

Tiempo sentido

A la espera le corresponde estructuralmente resistirse a terminar. Ciertamente también existe la espera entre dos fases, y su conclusión puede determinarse al minuto. A tal y tal hora acabará esto, en media hora comenzará algo distinto. Entre medias paso el tiempo. Puedo leer, ir a tomar un café, fumar. Cuánto tiempo afluye de pronto a la cuenta de esos minutos llenos de placer en los que uno se encendía un cigarrillo —o permitía que se lo encendieran—, tiempo frívolamente dilapidado que sencillamente ascendía entre el humo azul. De aquel ritual propicio a la coquetería, que tan bien sentaba al lobo solitario y a la mujer indolente y que tan común era en el siglo pasado, apenas nos queda la visión de un par de figuras azoradas, muy juntas, que pasan frío en un balcón o permanecen junto a la puerta de un edificio de oficinas. Y sin embargo, con humo o sin humo, nadie puede deter-

minar jamás lo largo que se me hace el instante de esta espera. La espera es un tiempo subjetivo. Algo te obliga a un alto en el transcurrir esperable de las cosas, y te conviertes de pronto en un felino hambriento. En el mejor de los casos la espera será tiempo regalado, aunque la mayoría de las veces sea simplemente tiempo perdido; sin embargo en la espera el tiempo se convierte siempre en algo palpable.

Allí donde el plazo de la espera se liga a un objetivo (cuando vuelvas, habré terminado esto y lo otro, habré cambiado tal y tal), entra en juego un componente deportivo que nos permite ver la espera como una victoria sobre nosotros mismos. En la medida en que tratamos de imponer al tiempo nuestra propia dramaturgia, incluso puede que nos *alegremos* de haber conseguido cambiar *la maldición de la espera por la bendición de hacer una pausa*. ¿Y acaso no giran nuestras vidas en torno a tales engaños, no es sino nuestra propia labia la que nos protege del genuino *horror vacui* de la espera?

Sale uno, entra el otro — En la sala de espera

Ser el quinto

Abre la puerta, sale uno, entra el otro

Ser el cuarto

Abre la puerta, sale uno, entra el otro

Ser el tercero

Abre la puerta, sale uno, entra el otro

Ser el segundo

Abre la puerta, sale uno, entra el otro

Siguiente

Abre la puerta, sale uno

Uno entra

Hola señor doctor

ERNST JANDL

La espera se nos hace particularmente dura cuando pacta con la enfermedad. Atemorizados ante el posible diagnóstico, el tiempo se convierte en plazo perentorio. La antesala de la consulta es un preludio del infierno donde nos asamos juntos en el purgatorio de la incertidumbre. Tal vez por eso todas las salas de espera se parecen tanto. El desfile unívoco de las sillas, el orden siempre parejo del mobiliario, la montaña de revistas, el rincón infantil con sus tres libros ilustrados y los cubos de colores, los grabados en la pared (Gauguin, Klee, Matisse), ese inventario barato para el bienestar que ya conocemos de los hoteles

de segunda y las clínicas: es como si quisieran quitarle individualidad a nuestra espera uniformándola.

Sin duda, el anonimato de la sala de espera no es más que una tapadera; la asfixiante cercanía de todos los enfermos que aguardan juntos requiere el contrapeso de lo neutro. Cuán curiosa es esa coacción que nos funde en una comunidad de destino: nuestros males han de equipararse, como las sillas sobre las que nos sentamos. Somos pacientes, palabra que contiene ya la paciencia: estamos aquí por el mismo motivo. Sin embargo, inmersos en esta familiaridad no tardamos en registrar lo que nos diferencia. Lo primero en lo que nos fijamos es en aquellos a los que es evidente que les va peor que a nosotros. Un segundo más tarde, la espera se convierte en un estudio de sus tics, ropa y peculiaridades. Esa mujer de allí, ¿no parece un personaje de Vermeer? Nos la imaginamos con cofia y delantal, parece salida de un cuadro antiguo. Seguramente es una empleada de banca que deja su casa a las siete y media de la mañana y sueña en secreto con Leonardo DiCaprio. O ese tipo de cabeza rapada que no deja de rascarse por todas partes; tiene cierto parecido con Brad Pitt, pero no sabe que resultaría mucho más guapo si se dominase un poco. Y en un santiamén está uno desarrollando biografías en las que la cara llama al correspondiente destino... aunque solo sea porque en las variaciones

de una biografía ajena nuestra preocupación se eclipsa por un rato.

Si, como opina el pionero del psicosomatismo Georg Groddeck, toda enfermedad significa una protección frente una enfermedad peor, podríamos afirmar que con semejante claudicación el cuerpo insta una pausa, protesta contra su integración plena en el tiempo administrado. Porque en realidad enfermar es entrar en una especie de compás de espera en el que la materia nos confronta con su lentitud específica. Estar enfermo tiene dos formas temporales. Nos obliga a un mero presente, y sin embargo siempre alude al «momento» en el que uno saldrá de la crisis. Esto se alarga hasta la convalecencia, donde espera y debilidad se combinan para conformar un estado indiscutible. El que se abandona a ese extraño estado amortiguado que nos envuelve como entre algodones y que nos conduce suavemente hacia el mundo de las formas y exigencias bien delineadas, regresa a esa isla del tiempo que de niños nos resultaba tan encantadora. Rodeados del cuidado de los mayores, permanecíamos al amparo de la garra de lo mundano.

Mas, cuando el tiempo se alía con el dolor, en el ingreso de urgencias, por ejemplo, ahí muestra su verdadera naturaleza predadora. En ningún otro momento percibimos tan claramente el poder que otro tiene sobre nosotros como en esos interminables ins-

tantes en que clamamos por ser liberados de nuestros dolores. Si hubiera un ángel de la espera, ese sería el anestesista. Y cuando luego el narcótico nos lanza al olvido, la espera se desplaza hacia los otros; ahora son ellos los que esperan a que despertemos. Sin darnos cuenta les hemos encomendado un pedazo de nuestra vida, que sigue su curso sin nosotros.

Con el despertar de la anestesia, sin embargo, volvemos a saber que vida significa también esperar la muerte. Y, a la vez, también lo contrario es cierto. Porque ante un diagnóstico peligroso a menudo despierta el deseo de hacerle un quiebro al tiempo que queda. Uno decide meter todo lo que puede en la maleta, y sobre todo lo no hecho, lo que «ya no puede esperar». Como si siempre hubiera estado allí, preparado para la partida. Que eso no es posible lo sabe cualquiera que se haya visto en esa situación. Kairós no se deja agarrar de la coleta: cuando se le quiere sobornar, resulta que el instante feliz lleva peluca. También la oportunidad perdida tuvo su tiempo.

Libros del Asteroide 